

LA DOCTRINA MONROE Y LA ESTRATEGIA COMERCIAL ESTADOUNIDENSE EN AMÉRICA LATINA DE FINALES DEL SIGLO XIX

*The Monroe Doctrine and U.S. Trade Strategy
in Latin America in the Late 19th Century*

DOI: 10.4067/S0718-090X2025000300104

VOLUMEN 45 / N° 3 / 2025 / 453-471

ISSN: 0718-090X

Revista de Ciencia Política
cienciapolitica.uc.cl**ISIDORA PUGA SERRANO** *Universidad de los Andes, Chile*

RESUMEN

El discurso de James Monroe en 1823 marcó profundamente la política exterior de Estados Unidos durante más de un siglo. En la década de 1880, la doctrina Monroe fue reinterpretada para legitimar la expansión comercial en América Latina, basada en tres pilares: evitar la intromisión europea, especialmente británica; abrir nuevos mercados; y mejorar la percepción de Estados Unidos en la región. Este artículo examina cómo esa estrategia se tradujo en una retórica propagandística, en la modernización de las redes de transporte y comunicación y en acciones diplomáticas, articuladas como instrumentos legitimadores de la política exterior norteamericanas y sustentadas en los planteamientos de figuras como James Blaine y Alfred Mahan. Asimismo, se analiza el rol de Washington en el contexto de la Guerra del Pacífico, evidenciando cómo la doctrina Monroe sirvió como argumento para aprovechar la coyuntura para fortalecer el posicionamiento económico en la región. Se concluye que, aunque Estados Unidos no logró desplazar por completo la influencia británica en ese período, sentó las bases para una política más activa y articulada hacia finales del siglo XIX.

Palabras claves: Doctrina Monroe – Expansión comercial – América Latina – Guerra del Pacífico (1879-1885)

ABSTRACT

James Monroe's 1823 address had a profound impact on U.S. foreign policy for over a century. During the 1880s, the Monroe Doctrine was reinterpreted to legitimize commercial expansion in Latin America, based on three pillars: preventing European –especially British– interference; opening new markets; and improving the perception of the United States in the region. This article examines how this strategy took shape through propagandistic rhetoric, the modernization of transportation and communication networks, and diplomatic actions, all articulated as instruments to legitimize U.S. foreign policy and supported by the ideas of figures such as James Blaine and Alfred Mahan. It also analyzes Washington's role in the context of the War of the Pacific, showing how the Monroe Doctrine was used as an argument to seize the opportunity to strengthen the country's economic position in the region. The article concludes that, although the United States did not fully displace British influence during this period, it laid the groundwork for a more active and coordinated policy by the end of the nineteenth century.

Key Words: *Monroe Doctrine – Commercial Expansion – Latin America – War of the Pacific (1879-1885)*



All the contents of this electronic edition are distributed under the Creative Commons license of "Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International" (CC-BY-SA). Any total or partial reproduction of the material must cite its origin.

I. INTRODUCCIÓN

Desde las revoluciones de principios del XIX, el sistema internacional evolucionó hacia contactos multilaterales e institucionalizados, cristalizadas en el Congreso de Viena (1814-1815), donde las potencias europeas reorganizaron el mundo según sus intereses, admitiendo sin embargo la participación de cualquier Estado soberano, sea cual fuere su peso político o económico. En este marco, el continente americano, aunque mantenía sus propias dinámicas políticas y económicas, permanecía bajo la influencia y vigilancia europea, lo que motivó la proclamación de la doctrina Monroe en 1823 por Estados Unidos como declaración de defensa ante eventuales intervenciones restauradoras europeas, a la vez que reconocía las posesiones coloniales existentes y afirmaba la neutralidad estadounidense en los conflictos internos de Europa (Carmagnani 2004, 188-90).

A lo largo del siglo XIX, el avance territorial de Estados Unidos –con anexiones como Luisiana, Texas o California– y el crecimiento de su economía industrial transformaron su posición internacional. Tras la Guerra Civil, la producción nacional se multiplicó, generando la necesidad de nuevos mercados que estimularan su proyección exterior (Walton y Rockoff 2014, 244-82). En este contexto, la doctrina Monroe dejó de ser solo un principio defensivo para adquirir flexibilidad interpretativa según los intereses económicos y geopolíticos cambiantes, especialmente durante la expansión hacia el oeste y el impulso del Destino Manifiesto (Loveman 2010).

Esta reconfiguración conceptual cobró fuerza hacia las últimas décadas del siglo XIX, cuando América Latina se integraba como región periférica exportadora a la economía mundial. Aunque Gran Bretaña mantenía una influencia determinante –pero no colonial– en el área, el ascenso industrial estadounidense incentivó a Washington a proyectar su poder mediante la diplomacia y los vínculos comerciales, en un proceso que cuestionaba las hegemonías europeas tradicionales (Osterhammel y Jansen 2019, 33). Así, la doctrina Monroe se convirtió en instrumento central de legitimación de la expansión comercial y estratégica estadounidense en el continente, pero sus principios fueron reinterpretados y utilizados de manera flexible por cada administración presidencial. Estas resignificaciones respondieron tanto a los lineamientos políticos de cada gobierno como a las coyunturas específicas del momento, aunque, en la mayoría de los casos, estuvieron marcadas por un enfoque predominantemente económico.

A partir de la revisión de fuentes primarias, como archivos diplomáticos y prensa, tanto en América Latina como en Estados Unidos, el presente artículo analiza la interpretación de la doctrina Monroe en el último tercio del siglo XIX por parte de las distintas administraciones en Washington, evaluando cómo fue utilizada principalmente como una estrategia de expansión comercial. Examina la doctrina a la luz de las ideas y planteamientos de dos figuras centrales de la diplomacia norteamericana, Alfred Mahan y James Blaine, la retórica propagandística y la

modernización del transporte por parte de Estados Unidos y su rol mediador en América Latina en el contexto de la Guerra del Pacífico. Se argumenta que, en este período, la doctrina dejó de enfocarse en una amenaza externa difusa y pasó a identificar un enemigo concreto: el Reino Unido, cuya presencia en América Latina era percibida como un obstáculo para la consolidación de la hegemonía económica estadounidense en la región. En este sentido, el presente trabajo se adscribe a la tesis de que la doctrina Monroe funcionó como un argumento para promover un acercamiento de Estados Unidos hacia América Latina con el objetivo de establecer alianzas comerciales, políticas y económicas. No obstante, sostiene que, en la década de 1880 y específicamente en relación con los países del extremo sur de América del Sur, esta política aún no había adquirido los rasgos expansionistas, hegemónicos e imperialistas que se manifestarían con mayor claridad después de 1898, momento de la intervención en Cuba.

Este artículo y en particular sus principales presupuestos argumentativos se apoyan en una nueva literatura sobre la historia de las relaciones internacionales. Por una parte, el trabajo de Juan Pablo Scarfi propone que el proyecto del panamericanismo, derivado de la doctrina Monroe y liderado por Estados Unidos hacia 1880 y 1890, fue presentado como una política que buscaba consolidar la hegemonía económica de los norteamericanos en el continente austral, frente a la creciente competencia imperial de Gran Bretaña y Alemania (Scarfi 2017, 7-9). Incluso, la doctrina Monroe habría contribuido al progresivo desplazamiento de los intereses económicos europeos y el reconocimiento de una supremacía estadounidense en la región. Por otra parte, los aportes de autores como Edward Crapol, Joseph Smith y Brain Loveman coinciden en identificar tres objetivos centrales en la política exterior de Estados Unidos durante el último tercio del siglo XIX: la intención constante de excluir a las potencias europeas del continente americano, la expansión del comercio y la inversión en el hemisferio, y el fortalecimiento de la paz y la estabilidad regional a través de una diplomacia más activa.

El presente estudio muestra, entonces, que estos usos de la Doctrina Monroe y la retórica diplomática que los respaldó se manifestaron en diversos aspectos de la política exterior norteamericana durante el período de estudio. En primer lugar, se tradujo en llamados tanto del mundo político como del ámbito civil para fomentar el comercio con América Latina, acompañados de propuesta de desarrollo de políticas orientadas al mejoramiento material de las redes de transporte y comunicación, que facilitarían esa expansión. En segundo lugar, Estados Unidos intentó aprovechar coyunturas políticas específicas en la región para afianzar su influencia económica, legitimando y apoyando su política exterior sobre la base de las ideas y los planteamientos estratégicos de Alfred Mahan y la visión diplomática de James Blaine, quienes desempeñaron un papel clave en la formulación de una política exterior más activa en el continente. En tercer lugar, estos nuevos usos de la Doctrina Monroe se manifestaron en la intermediación de Estados Unidos en las disputas al interior de América Latina, en particular en el contexto de la Guerra del Pacífico.

II. INFRAESTRUCTURA Y COMERCIO COMO INSTRUMENTOS DE PROYECCIÓN POLÍTICA Y DE LA DOCTRINA MONROE

El impulso por conseguir nuevas infraestructuras marítimas, ferroviarias y postales no solo fue una estrategia económica, sino también un instrumento de influencia geopolítica, alineado con la doctrina Monroe y la idea del Destino Manifiesto. A través de discursos oficiales, informes comerciales y artículos de prensa, el liderazgo estadounidense promovió la necesidad de establecer un comercio directo con América Latina, destacando el beneficio mutuo de fortalecer los lazos comerciales y financieros. Esta narrativa justificaba la inversión en mejoras logísticas y la expansión de la flota mercante como medios para asegurar la competitividad estadounidense en el hemisferio. En este primer apartado se analiza cómo el discurso sobre el desarrollo económico y la modernización de las infraestructuras sirvió como un mecanismo de legitimación para la expansión comercial y el fortalecimiento de la presencia de Estados Unidos en la región. Se explora, además, la manera en que estas iniciativas impulsadas por el Estado y por privados fueron presentadas como símbolos de progreso, al tiempo que reflejaban una estrategia de poder destinada a desplazar la influencia británica en América Latina.

Durante el gobierno de Rutherford B. Hayes (1877-1881), se identificó la necesidad de fortalecer el comercio exterior como una estrategia para contrarrestar los efectos de la crisis económica interna derivada de la depresión y, al mismo tiempo, desafiar la preeminencia comercial y financiera británica en América y el Pacífico. Desde su primer mensaje al Congreso en diciembre de 1877, y en sus siguientes intervenciones, Hayes destacó el papel fundamental de la expansión comercial para el crecimiento y la estabilidad económica de su país. En su discurso, enfatizó que “la larga depresión comercial en Estados Unidos ha dirigido la atención al tema del posible incremento de nuestro comercio exterior y los métodos para su desarrollo, no solo con Europa, sino con otros países, y especialmente con los Estados y soberanías del hemisferio occidental [...]”. La importancia de ampliar nuestro comercio exterior, y especialmente mediante un intercambio directo y rápido con los países de este continente, no puede ser sobreestimado” (Hayes 1877). Con ello, el presidente delineó una política orientada a reforzar la presencia estadounidense en los mercados internacionales y a consolidar su influencia en la región.

La estrategia de desarrollo basada en la expansión de mercados en el continente no solo fue impulsada por el gobierno, sino que también contó con la participación del sector privado. En este contexto, diversas organizaciones empresariales y de productores se propusieron analizar el panorama comercial en la región. Un ejemplo de ello fue la comisión organizada en 1877 por la *Associated Industries*, cuyo propósito era fomentar el comercio y examinar la influencia británica en el servicio de vapores. Esta iniciativa tenía como objetivo principal desplazar a Gran Bretaña como la mayor potencia comercial en la zona, bajo la premisa de que el crecimiento económico del país dependía direc-

tamente de su expansión en los mercados internacionales y en consonancia con los principios de la doctrina Monroe. Asimismo, buscaban integrar a las repúblicas latinoamericanas dentro del sistema social y del estilo de vida estadounidense, asegurando así tanto la producción como el consumo de productos de origen norteamericano (Crapol 1973, 53-54). En esta misma línea, el *New York Times* alertaba en agosto de 1879 sobre la limitada presencia de exportaciones estadounidenses en Sudamérica, reducidas principalmente a materias primas y manufacturas, cuyo volumen resultaba insignificante en comparación con el total de las exportaciones del país y alertaba que

“No parece haber ninguna razón por la que los comerciantes de los Estados Unidos deban permitir que los países europeos monopolicen el comercio de México, las Indias Occidentales y América del Sur, particularmente porque muchos de los artículos que ahora se importan a esos países desde los mercados europeos se cultivan o se fabrican en los Estados Unidos” (Our trade in the Tropics. A large balance against the United States 1879).

En ese mismo sentido, se llevaron a cabo otros estudios, entre ellos el de la Comisión de Centro y Sudamérica, elaborado por George H. Sharpe (Nueva York), Thomas C. Reynolds (Missouri) y Solon O. Thacher (Kansas). Este informe identificó dos áreas estratégicas fundamentales para la expansión comercial de Estados Unidos en la región. En primer lugar, proponía poner fin al monopolio británico en el comercio de transporte mediante la implementación de un servicio de vapores de bajo costo, que conectara directamente los puertos latinoamericanos con los estadounidenses. En segundo lugar, abogaba por eliminar el dominio británico sobre las líneas de crédito y los mecanismos de intercambio comercial de la región, que hasta entonces dependían de Londres. Aún más, la ausencia de facilidades bancarias para los empresarios y hombres de negocios norteamericanos era una gran desventaja, especialmente porque las notas del Banco de Inglaterra eran la única medida de valor reconocida en todo Sudamérica, lo que exponía la inferioridad financiera y comercial de Estados Unidos. Pero, de todas maneras, los comisionados consideraron a la región como una oportunidad muy favorable, dado el aumento del consumo en el Continente de productos que los norteamericanos producían, por lo que era un momento auspicioso para que Estados Unidos convirtiera esas pequeñas corrientes de comercio en grandes ríos hacia sus propios puertos (United States of America 1886, 29).

Hasta ese momento, una de las ventajas que presentaba Gran Bretaña frente a Estados Unidos en Latinoamérica era el servicio regular de vapores en la región; por lo mismo, se propuso la necesidad de mejorar las infraestructuras postales y comerciales en Sudamérica, para establecer un comercio directo ya que la expansión económica estadounidense beneficiaría no solo a ese país, sino también a las demás naciones latinoamericanas. En este contexto, era evidente que Gran Bretaña había consolidado su influencia mercantil en el continente, en gran medida debido a la capacidad de sus comerciantes para identificar las demandas de

los consumidores locales y garantizar el transporte eficiente de sus mercancías a través de una marina mercante accesible y bien desarrollada. Esta superioridad británica en el comercio marítimo representaba una de las principales desventajas competitivas de Estados Unidos en la región y era argumento para aplicar la doctrina Monroe desde una perspectiva económica. Ante esta situación, el comandante de la Marina estadounidense F. E. Chadwick enfatizaba la necesidad de revitalizar la flota mercante nacional como un paso fundamental para fortalecer la presencia comercial estadounidense en América Latina (Chadwick 1882).

Incluso, hacia principios de la década de 1890, el presidente Benjamin Harrison le transmitía al Senado y la Cámara de representantes que a pesar de la importancia de mejorar las comunicaciones marítimas con América Central y del Sur para desarrollar un creciente comercio, una oportunidad interesante era la construcción de una línea férrea que uniera ambas partes del continente, ya que esto “les dará a los Estados amigos y a nosotros las facilidades para las relaciones y los intercambios comerciales que revisten de un especial valor” (Benjamin Harrison to the Senate and House of Representatives, 19 de mayo de 1890, Richardson s. f.).

Durante los gobiernos de la década de 1880, aunque en menor grado en el único demócrata del período, el de Grover Cleveland entre 1885 y 1889 hubo una evidente intención de acercamiento por parte de los estadounidenses hacia América Latina, quienes buscaron conseguir en esta región un puesto de mayor importancia e, idealmente, la hegemonía y desplazamiento de los británicos bajo la premisa de la doctrina Monroe y el principio de No Transferencia. Estas intenciones iban de la mano con la confianza y la conciencia de que el poder de Estados Unidos debía ir en ascenso, además de creer profundamente que su legítimo lugar era a la cabeza de las naciones americanas –con la fundamentación del Destino Manifiesto–, ya que suponían que podían asistir a los vecinos del sur para mantener la estabilidad y el orden –razón por la cual, también temían de las posibles acciones de los europeos– (Herring 2008, 290; Loveman 2010, 142-43).

III. LAS IDEAS Y PLANTEAMIENTOS DE MAHAN Y BLAINE Y LA PROGRESIVA REDEFINICIÓN DE LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE

La proyección del nacionalismo económico estadounidense hacia América Latina que se instalaba en la política exterior mostraba un marcado carácter anti-británico respaldado por la doctrina Monroe. Este sentimiento, que combinaba celos, resentimiento y hostilidad, se intensificó a medida que EE.UU. disputaba la hegemonía británica en América Latina. Así, esta doctrina se transformó en una consigna económica y diplomática que tomó mayor fuerza en la agenda política gracias a los planteamientos de dos estrategias clave: el capitán Alfred T. Mahan y el político James G. Blaine.

El primero de ellos, el capitán Alfred T. Mahan sostenía que el control del mar, más que el dominio del territorio terrestre había sido el factor determinante en el desarrollo imperial de Roma. En su libro *The influence of Sea Power Upon History, 1660-1783* argumentaba que la prosperidad económica y la productividad industrial de su época estaban estrechamente ligadas a la seguridad nacional, y que la clave para ambos radicaba en contar con una poderosa Armada desplegada estratégicamente en diversas regiones del planeta junto con bases de reabastecimiento y descanso para las tropas. Luego de casi veinticinco años en los que EE.UU. había dejado de mirar hacia el océano y con una flota descuidada desde la Guerra Civil, Mahan recomendaba la construcción de dos flotas de buques de guerra –doce para el Atlántico y ocho para el Pacífico– que igualaran en blindaje, armamento, fuerza estructural y velocidad a las mejores del mundo (Loveman 2010, 151; LaFeber 2013, 109-10). En ese momento, Estados Unidos solo contaba con barcos envejecidos y carecía de buques de guerra modernos (Healy 2001, 180), a diferencia de las potencias europeas, cuyas flotas eran más extensas y estaban dotadas de tripulaciones mejor preparadas para defender sus territorios e ir a la guerra si era necesario. Ante esta situación, hacia finales de la década de 1880, la construcción de una Armada más numerosa y moderna se convirtió en un requisito esencial no solo para la campaña de desplazamiento británico del continente, sino también para la expansión comercial y el establecimiento de la influencia norteamericana en toda América.

La propuesta de Mahan, que rápidamente tuvo un impacto significativo en la clase política, en el liderazgo de las fuerzas armadas y en la prensa, vinculaba estrechamente la necesidad de acceder a mercados externos con la construcción de una Armada de guerra. Argumentaba que era esencial para el bienestar del país mantener inalteradas las condiciones de comercio e intercambio ante la posibilidad de una guerra externa, y que, para lograrlo, no solo debía mantener al enemigo fuera de sus puertos, sino también alejado de sus costas, garantizando así que el intercambio de mercancías estuviese protegido por su propia flota (Mahan 1890, 87; LaFeber 2013, 111). Por lo mismo, era necesario no solo expandir la visión norteamericana acerca de lo que correspondía a su territorio, sino también asegurar al país frente a flotas de los poderes imperiales (McDougall 1997, 108). Por ello, ya en 1890, el propio Congreso aceptaba la mayoría de las premisas de la visión estratégica de Mahan, haciendo confluír la idea del Destino Manifiesto en un sentido más amplio y la doctrina Monroe, para incluir la construcción de una Armada de clase mundial que protegiera y proyectara la influencia económica y política de Estados Unidos, con el objetivo final de consolidar su hegemonía en el Caribe y Centroamérica (Loveman 2010, 152).

Por otra parte, el político James G. Blaine se convirtió en uno de los principales referentes del imperialismo y anglofobia estadounidense de las últimas décadas del siglo XIX, en los que se hacía referencia a los elementos clave de la doctrina Monroe. Se desempeñó como secretario de Estado en dos períodos: en 1881, bajo la administración de James Garfield (quien murió ese mismo año), y entre 1889 y 1892, durante el gobierno de Benjamin Harrison, ambos republi-

canos. Desde su primer cargo, Blaine estaba convencido de que aumentar las exportaciones hacia los mercados latinoamericanos era la clave para resolver los efectos sociales y políticos de la crisis económica que se arrastraba desde 1870 (Loveman 2010, 134): “no hay ninguna parte del mundo en la que Estados Unidos tenga tanto derecho y tanto deber de ser el líder en los consejos de las potencias internacionales como en Sudamérica” (Garfield 1883, 277). A su vez, su postura buscaba eliminar la presencia británica en estos potenciales mercados, como expuso en 1878, llamando a luchar no solo por el Atlántico norte que ya estaba bajo el control europeo, sino que alcanzar algún tipo de hegemonía comercial en América del sur y el océano Pacífico (Blaine 1887, 193).

Una de las propuestas más relevantes de Blaine fue el impulso de un panamericanismo desde Estados Unidos, como un corolario de la doctrina Monroe, ya que lo habría considerado como un compromiso continental para la búsqueda de soluciones pacífica de las controversias, que funcionara como un factor disuasorio para la intervención europea (Winchester 1966, 75). Por otra parte, esta política evidenciaba también la aspiración de liderar la cooperación económica, política, jurídica e intelectual con América Latina, que se muestra en la organización de la primera Conferencia Panamericana en Washington D.C. en 1889 (Scarfi 2023, 740-41). Entre los objetivos fundamentales que el gobierno de Estados Unidos estableció para esta reunión destacaban la promoción del arbitraje en conflictos internacionales, la negociación de acuerdos comerciales, la posibilidad de establecer una unión aduanera, el desarrollo de una red ferroviaria interamericana y la planificación de un canal istmico, entre otros temas de relevancia. Cada delegación nacional estuvo integrada por entre uno y tres representantes, mientras que Estados Unidos contó con diez comisionados. No obstante, a pesar de la disparidad en la representación, cada país tenía derecho a un único voto. Un aspecto llamativo de la delegación estadounidense fue la presencia de destacados líderes empresariales, como Andrew Carnegie, representante de la industria siderúrgica, Cornelius Bliss, vinculado al sector textil, y Thomas Jefferson Coolidge, influyente banquero de Boston, marcando claramente el cariz económico que ese país le daba a la reunión.

De esta forma, durante ambos períodos como secretario de Estado, Blaine buscó articular nuevas políticas que desafiaran la supremacía comercial de Gran Bretaña a nivel global y, especialmente, en Latinoamérica. Por ello, una de sus principales propuestas para conseguir la expansión de los mercados era establecer una política de reciprocidad para con los países del sur del Continente que, en conjunto con cierta protección a los productos nacionales, beneficiarían a los manufactureros, a los obreros y a los granjeros, ya que proveerían de un mercado adicional para los cereales, la carne de vacuno y el cerdo, así como a la maquinaria agrícola de Estados Unidos. Incluso, Blaine tenía como proyecto para su cargo la realización de una línea férrea panamericana que conectara todas las naciones de los dos continentes, en conjunto con tratados de reciprocidad entre ellas (Crapol 2000, 61-65). Finalmente, como medio fundamental de su plan para abrir nuevos mercados a los productos del país, el secretario de

Estado propuso la eventual construcción de un canal a través del istmo centroamericano (Loveman 2010, 135).

IV. APROVECHAR LA COYUNTURA EN FUNCIÓN DE LA DOCTRINA: EL CASO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

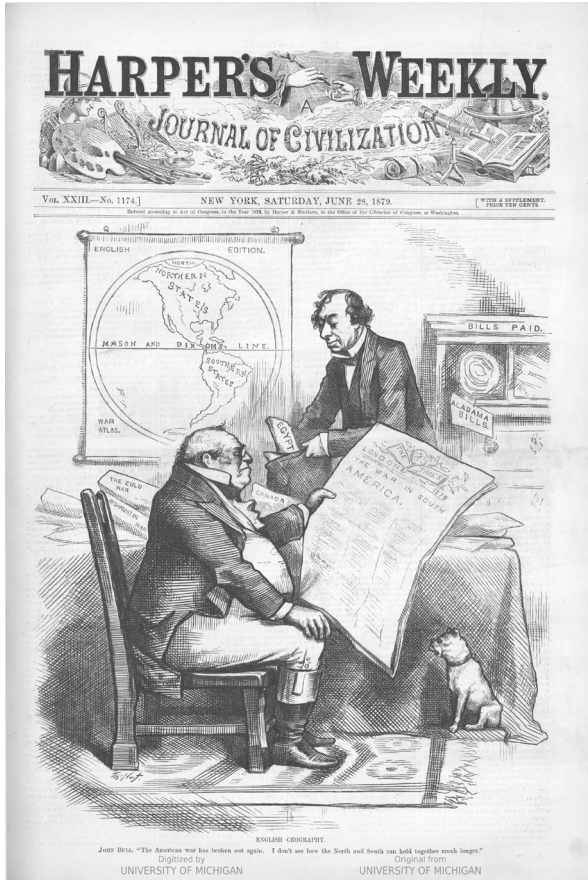
La acción diplomática estadounidense durante la Guerra del Pacífico, conflicto que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia, es un caso interesante de analizar a la luz de la tesis planteada en este artículo, respecto a la proclamación de la doctrina Monroe como estrategia comercial hacia el continente. En particular, porque la política exterior estadounidense propuso la doctrina Monroe como una en la que se declaraba al *Western Hemisphere*¹ como una esfera separada a la europea, donde la monarquía, el absolutismo, las alianzas políticas, el balance de poder y el recurso a la guerra no permanecería. En su lugar, Estados Unidos creaba un bastión para las instituciones republicanas y seculares, en los que podía convertir en un laboratorio de política exterior que luego exportarían, con algunas adaptaciones, al resto del mundo a medida que Estados Unidos se convertía en una potencia global (Loveman 2010, 5).

Desde el inicio del conflicto, el presidente Hayes en su mensaje anual de diciembre en 1879 expresó que su gobierno no consideraba apropiado intervenir en la guerra de aquellas naciones de América del Sur, pero prorrogaba los buenos oficios hasta que los beligerantes demostraran que estaban dispuestos a aceptarlos (Hayes 1879). Sin embargo, la revista neoyorquina *Harper's Weekly* hacía un llamado a utilizar esta coyuntura como una oportunidad para interpretar la doctrina Monroe como una excusa para ampliar su proyección a esa zona con su caricatura *English Geography*, en la que se presentaba a John Bull, personificación del Reino Unido, revisando la prensa acerca del conflicto sudamericano, con un mapa del continente con la línea Mason-Dixon —frontera entre los estados del norte y del sur durante la guerra civil estadounidense— cruzando ahora Panamá (región que aún era parte de Colombia). Además, la leyenda de la imagen agregaba “La guerra americana ha estallado de nuevo. No veo cómo el Norte y el Sur pueden aguantar mucho más” (*English Geography* 1879), haciendo alusión a que la América anglosajona con la América de las repúblicas de raíz hispana se alejaban cada vez más entre ellas debido al conflicto, lo que podía ser aprovechado como una oportunidad para los británicos. De esta forma, este periódico intentaba advertir de los peligros que un potencial protagonismo inglés en la guerra implicaba para que Washington alcanzara la proyección política y económica a ese territorio como potencia externa. Es probable que la advertencia de la revista estadounidense representara

¹ En inglés, el concepto de *Western Hemisphere* comprende América del Norte, Central y del Sur, junto con las aguas que las rodean y suele emplearse como metonimia de las Américas o el ‘Nuevo Mundo’. En español, su traducción literal —*Hemisferio Occidental*— se utiliza mayormente en contextos diplomáticos o técnicos. (Definition of WESTERN HEMISPHERE 2025).

la opinión de varios personeros de ese gobierno, porque a pesar de las señales oficiales respecto a mantener la neutralidad, el mayor interés de Washington D.C. durante la guerra fue evitar que este conflicto fuese aprovechado por las grandes potencias europeas para ampliar su influencia política y su penetración económica en el continente sudamericano.

Imagen 1. “English Geography” [Geografía británica], *Harper’s Weekly*, Nueva York, 2 de junio, 1879.



La intención de fortalecer su proyección comercial en la región y en lo posible desplazar a los británicos de ese escenario hizo que la Secretaría de Estado siguiera con atención el curso de los acontecimientos en la costa oeste de América del Sur, a partir de los constantes y detallados informes de sus representantes en cada uno de los países comprometidos en el conflicto. A pesar de ello, los tres diplomáticos –Thomas Osborn en Chile, Isaac Christiancy en Perú y Solomon Pettis en Bolivia–, sin la autorización expresa de sus autoridades directas, ya habían ofrecido buenos oficios a los países beligerantes, cuando Estados Unidos aún no había definido una línea de acción diplomática clara frente a la

guerra. Este actuar apresurado de los diplomáticos puede atribuirse a que, al evaluar el accionar de las potencias extranjeras en el conflicto, comprendieron que, si los norteamericanos no intervenían pronto, lo harían primero las potencias europeas –en especial Gran Bretaña y Francia que tenían mayores intereses económicos en Chile y Perú– (Rubilar Luengo 2012, 173-75). Sus sospechas se basaban en que Londres, desde el inicio del conflicto y ansioso por terminar la guerra que estaba dañando los intereses económicos de sus ciudadanos, tomó rápidamente el liderazgo en una serie de propuestas europeas para la intervención diplomática con el fin de negociar la paz, que no lograron resultados. En una de esas ocasiones, los ingleses buscaron apoyo en otras potencias del Viejo Continente, pero no lograron aunar opiniones, y mucho menos el apoyo estadounidense, que probable se negó por quién era el promotor de esa propuesta. Esto respondía al temor constante a una intervención europea en asuntos americanos, sumado a que Washington estimaba que ellos eran los mediadores evidentes y naturales ante cualquier conflicto en la región, además de que se consideraban completamente capaces de colaborar en la resolución del conflicto sin la ayuda del otro lado del Atlántico (Osborn, 1879).

Incluso, el secretario de Estado William Evarts manifestó su desaprobación, exponiendo que “este gobierno no ve con buenos ojos ningún esfuerzo prematuro ni ningún esfuerzo en combinación con otras potencias neutrales que pueden llevar a la impresión de dictado o coerción en menosprecio de los derechos beligerantes” (Evarts 1879) haciendo clara alusión a la doctrina Monroe. Por lo mismo, cuando el Reino Unido propuso una acción conjunta ante el conflicto, el político respondió de manera evasiva señalando que sus ministros ya atendían la situación (Healy 2001, 57; Millington 1948, 55-56). La negativa de Estados Unidos a aceptar la propuesta británica probablemente obedecía a la anglofobia predominante en su diplomacia y al temor de una intromisión europea en la región. Además, Washington se consideraba el mediador natural en los conflictos latinoamericanos y confiaba en su capacidad para resolver la situación sin la intervención británica. De esta forma, la Casa Blanca mostraba su intención de ser el protagonista de la mediación entre los países latinoamericanos por dos razones simultáneas: evitar que los ingleses se le adelantasen y que se afianzara su incipiente rol económico y político en el Continente. En julio de 1880, con ese objetivo, la secretaría de Estado enviaba un telegrama a Lima y a Santiago incitando a sus representantes a insistir ante el gobierno local respecto al “deseo de ayudar a restaurar la paz en términos honorables entre naciones con las que somos sinceros e igualmente amistosos” (Evarts, 1880).

La prensa estadounidense también incitaba a que la diplomacia de ese papel tomara un rol más activo, tanto que en una editorial titulada *Old doctrines for new times* del *New-York Daily Tribune* se planteaba que, además de que Estados Unidos debía ofrecer sus servicios como mediador y pacificador del conflicto, la doctrina Monroe no había perdido ninguna de sus virtudes. “Ya sea que se ponga fin a la discordia entre las apasionadas repúblicas hispanoamericanas, o que se vacíe una trinchera para beneficiar el comercio mundial, los destinos

del continente deben ser determinados por su nación más importante” (Old doctrine for new times 1879), poniendo en relieve el rol que debía tomar el país norteamericano en la región.

En paralelo, y a pesar de que algunas naciones europeas tenían mucho más en juego en la guerra, Evarts creía que el conflicto conllevaría efectos perjudiciales en el comercio neutral en el área de las hostilidades, que respondía claramente a la interpretación estratégica comercial de la Doctrina Monroe. El planteamiento del secretario de Estado era respaldado también a las numerosas peticiones de comerciantes y dueños de navíos de ese país para que Washington tomase un rol activo para conseguir liderar una intervención y arbitraje en el conflicto por razones comerciales y humanitarias. Por ejemplo, el empresario William Russel Grace argumentó que el interés de los propios ciudadanos era una razón práctica y muy importante para que se llevase a cabo al menos un intento de interferir pacíficamente. Incluso, Grace esperaba que “el respeto con el que escucharán cualquier sugerencia de la ‘Gran República’ que toman como modelo, podría detener todas las nuevas hostilidades y guiar el camino hacia la paz y la prosperidad renovada” (Grace 1879).

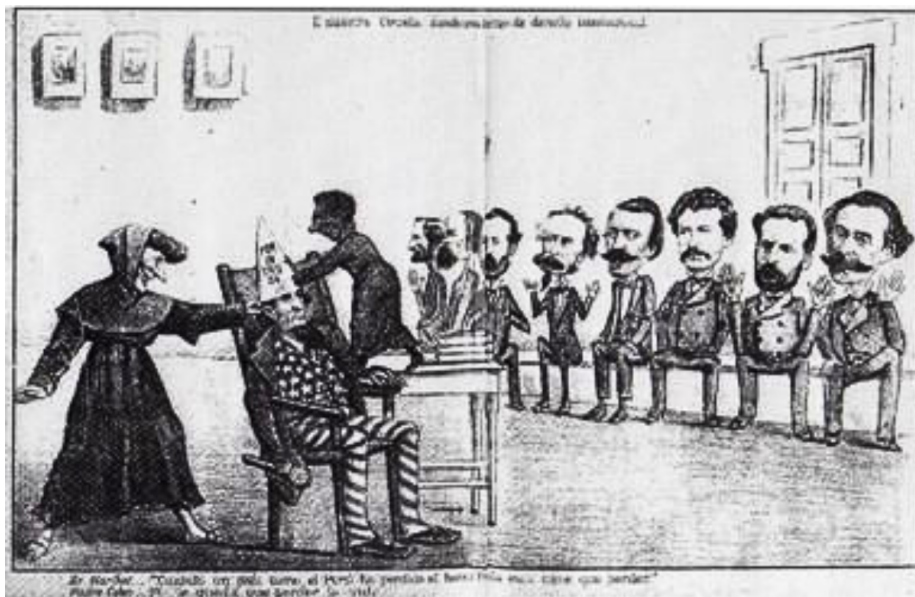
En marzo de 1880, William Evarts escribió a sus tres representantes en las naciones afectadas por el conflicto con el fin de adelantarse al intento europeo de mediación, ya que sospechaba que los éxitos casi continuos de Chile en la contienda y los problemas internos de Perú podían incitarlos a presionar para lograr una rendición práctica de Perú y Bolivia, y evitar mayores problemas en su comercio con los tres Estados en guerra. Por ello, les encomendó a sus representantes en Lima, en Santiago y en La Paz, que estuvieran atentos a tales potenciales acciones y que ello requeriría “...una acción rápida, tal vez, antes de que las instrucciones de este gobierno pudieran ser solicitadas y recibidas, el Departamento pondría mucha confianza en su buen juicio” (Evarts 1880). Isaac Christiancy, ministro plenipotenciario en Perú, no solo consideraba importante conseguir la paz, sino que, además, confiaba que este actuar aumentara el comercio con Estados Unidos, gracias a una animadversión compartida hacia los británicos según su percepción:

“Y mientras tanto, aunque no hemos hecho nada para crear este sentimiento hostil, y no tenemos el poder de disiparlo, la pregunta es si no deberíamos estar totalmente justificados para aprovechar el hecho existente, y el amable sentimiento de los peruanos hacia los Estados Unidos, para extender en la medida de lo posible, nuestro comercio con el Perú” (Isaac Christiancy a William Evarts, 24 de marzo de 1880. United States of America 1882, 348).

Finalmente, en octubre de 1880 se llevaron a cabo las Conferencias de Arica a bordo del buque de guerra estadounidense, el *USS Lackawanna*, que estaba apostado en ese puerto. Sin embargo, las conversaciones no lograron avanzar mucho y fueron consideradas un fracaso, mientras la opinión pública expresaba que habían sido los norteamericanos los que habían apresurado una reunión

cuando aún las partes no estaban listas para llegar a un acuerdo. La prensa popular chilena lo ilustró por medio de una caricatura en la que se reprochaba al Tío Sam por su actuar en el caso, por medio de un tirón de orejas y un capirote con la frase 'Por intruso', haciendo referencia explícita a la disposición hacia ese país por parte de los chilenos (Ibarra Cifuentes 2009, 61):

Imagen 2. "El Maestro ciruela dando una clase de derecho internacional", El Padre Cobos, Santiago, 13 de octubre, 1881.



Esta transición desde una política exterior de observancia al principio de la guerra a un rol más activo respondía a un potencial protagonismo de los británicos, a la oportunidad de mejorar las relaciones comerciales y posicionar a Washington entre los países de América del sur. De esta forma, coexistían los intereses políticos con los comerciales y fue el principal foco de la Cancillería de James G. Blaine, quien planteaba que “no hay ninguna parte del mundo en la que Estados Unidos tenga tanto derecho y tanto deber de ser el líder en los consejos de las potencias internacionales como en Sudamérica” (Garfield 1883, 277). En este contexto, Blaine dejaba la actitud más moderada de Evarts e interpretó la opinión pública estadounidense como pro-peruana, mientras consideró la actitud chilena como una agresión apoyada por los británicos. Incluso para él, la guerra del Pacífico se había convertido en un foco de conflicto con redes a nivel mundial y una oportunidad:

“Chile consiguió acorazados de Inglaterra y material de guerra de la misma fuente. Los soldados chilenos marcharon a Perú vestidos con uniformes de tela inglesa, con mosquetes británicos sobre sus hombros. La simpatía inglesa la ha respaldado en cada paso de su conquista, y los intereses comerciales británicos reciben un tremendo impulso del en-

grandecimiento de Chile. Creo que el resultado de esta guerra entre Perú y Chile destruye la influencia estadounidense en la costa del Pacífico y literalmente aniquila los intereses comerciales norteamericana en esa vasta región" (The New York Times 1881).

Esta apreciación de las fuerzas que participaban en el conflicto se articula con la interpretación comercial de la doctrina Monroe, más que tener una base argumentativa sólida, ya que los británicos tenían un rol semejante en la economía peruana como la chilena y en ambos países era uno de los mayores acreedores de la deuda pública, además que Londres nunca apoyó oficialmente la expansión territorial chilena (Bishel 1996, 166; Healy 2001, 63-64).

En esta misma retórica, el representante estadounidense en Lima Isaac Christiancy realizó una serie de propuestas para resolver la crisis que evidencian el uso de la doctrina Monroe en un sentido comercial y estratégica, ya que consideraba que una intervención activa para obligar la paz o convertir a Perú en un protectorado. "A menos que Estados Unidos tome uno de estos cursos en la presente emergencia, la 'doctrina Monroe', llamada así, será considerada un mito en todos los Estados sudamericanos" (Christiancy 1881). Aunque la idea de anexión era bastante ajena a la política estadounidense hasta ese momento, el diplomático desarrolló los pormenores de esta posibilidad y evaluó que esta era viable solo si Perú durante diez años funcionaba como un gobierno territorial y en ese período

"Perú se convertiría, bajo ese sistema, en un país totalmente norteamericano en sus ideas. [Además, con] Perú, bajo el control de nuestro país, podríamos controlar todas las demás repúblicas de Sudamérica, y la 'doctrina Monroe' se abriría a nuestras producciones y fabricantes y se abriría un amplio campo para la empresa de nuestro pueblo" (Christiancy 1881).

La carta confidencial de Christiancy refleja aspectos clave de la política internacional estadounidense, como la expansión comercial, la doctrina Monroe y la rivalidad con el Reino Unido. Sin embargo, el diplomático sobreestimó las oportunidades que la guerra podría ofrecer a su país. Ante esto, Blaine optó por no responder a sus sugerencias extremas, mientras enfrentaba un escenario similar en la frontera entre México y Guatemala. Su postura evidenció los principios fundamentales de la Cancillería en estos casos: el rechazo a la conquista territorial en América Latina, la confianza en el arbitraje, la convicción de que Estados Unidos debía mediar en los conflictos regionales y el recelo frente a las potencias europeas, especialmente Gran Bretaña. Si bien Blaine reconocía la audacia, energía y determinación británicas en la expansión de su poder comercial, advertía que dicha expansión no debía realizarse a expensas de los intereses de Estados Unidos.

"Especialmente me desagrade ver a Inglaterra obteniendo grandes triunfos comerciales en un campo que pertenece legítimamente a los

Estados Unidos, y que los Estados Unidos podrían dominar fácilmente si así lo hiciera. La victoria de Chile pone todo el negocio peruano en manos inglesas. La exportación de guano y nitrato ya es de casi 700.000 toneladas por año, y aumentará rápidamente, en su totalidad desde territorio peruano y ahora absorbida por Chile. Los banqueros británicos proporcionarán el dinero, los comerciantes ingleses tramitarán el negocio, los barcos británicos se encargarán de la carga. Más de 800 buques ya se dedican a esta actividad. Chile ganará en dos años más que todo el costo de su guerra, e Inglaterra absorberá el negocio como ella lo hace con el comercio de Portugal, de Egipto, de Australia o de Bengala" (The New York Times, 1881).

Los esfuerzos y ofrecimientos de mediación realizados por Estados Unidos en este período no fueron completamente desinteresados. Si bien existía una preocupación genuina por poner fin al conflicto, también subyacían intereses estratégicos, como la protección del comercio, la búsqueda de nuevos mercados y el fortalecimiento de su posicionamiento en la región, en detrimento de la influencia británica. Además, esta política reflejaba una visión paternalista hacia las repúblicas del sur, en sintonía con los principios del Destino Manifiesto, que definían su política exterior e identidad en la época. En este contexto, la difícil coyuntura en los países de subsistema del Pacífico Sur, constituido por Perú, Bolivia y Chile, fue percibida como una oportunidad de expansión para el gobierno de Garfield y su secretario de Estado, James Blaine, quien buscó impedir la intromisión de potencias europeas —especialmente del Reino Unido—, afianzar conexiones comerciales y mejorar la percepción de Estados Unidos en la región.

A pesar de estos esfuerzos, el rol de Estados Unidos en el conflicto fue ambivalente y, en última instancia, poco determinante. Recién en octubre de 1883 se firmó el Tratado de Ancón, que puso fin a la guerra entre Perú y Chile, y algunos autores, como Barros Van Buren, han señalado que la escasa participación de Washington en esta última etapa facilitó la concreción del acuerdo (Barros Van Buren 1970, 460). A lo largo del conflicto, la diplomacia estadounidense resultó inconsistente y cambiante, lo que generó un rechazo tanto en la clase política chilena como en la peruana, que sintió que Estados Unidos no cumplió el rol protector que supuestamente asumía. La política exterior de Washington estuvo impulsada no solo por el deseo de consolidar su influencia regional, sino también por la necesidad de competir con Gran Bretaña por el control económico de América Latina. Esta estrategia combinó la expansión comercial con una voluntad de limitar la hegemonía británica en la región, basada en la convicción de que dicho liderazgo correspondía naturalmente a Estados Unidos y en la percepción de que la presencia británica representaba un riesgo estratégico. A pesar de ello, la política de la Casa Blanca, que pasó de la observancia pasiva a una posición más activa con Blaine, para luego derivar en inercia y resignación, reflejaron no solo la falta de una política exterior coherente, sino también las limitaciones de Estados Unidos para proyectar efectivamente su influencia

en América del Sur en este período. Estas limitaciones e inconsistencias de la política exterior y la diplomacia estadounidense habrían de ser revertidas hacia 1889 y 1890 con el lanzamiento, por parte de Blaine, de la Primera Conferencia Panamericana, la cual expresó una nueva política exterior más articulada y consistente una década más tarde, pero con otras limitaciones como ya se vio anteriormente.

V. CONCLUSIONES

El análisis de la doctrina Monroe como estrategia de expansión comercial estadounidense en América Latina durante la década de 1880 demuestra que fue reinterpretada y utilizada como un instrumento para legitimar el posicionamiento geopolítico y económico de Estados Unidos en la región. Bajo la premisa de impedir la intromisión europea, particularmente británica, la política exterior estadounidense buscó consolidar su presencia en el continente mediante la apertura de nuevos mercados y la mejora de su imagen en América Latina. Sin embargo, lejos de configurarse como una estrategia uniforme y coherente, su implementación estuvo marcada por intereses estratégicos en constante evolución, una diplomacia de redefiniciones permanentes y adaptaciones a coyunturas locales. Este artículo muestra, entonces, cómo se desplegaron estos objetivos, examinando las intenciones entre representantes del gobierno, la empresa privada y la prensa en la consolidación de las redes de transporte y comunicación, así como también explorando cómo se articularon las ideas diplomáticas que sustentaron esta agenda, tal como fueron planteadas por Mahan y Blaine, y la intermediación diplomática y el rol mediador de los Estados Unidos en la Guerra del Pacífico.

Enmarcada en la retórica del progreso, la búsqueda de una modernización de las infraestructuras de transporte, comunicación y servicios postales se proyectó como un medio para desafiar la hegemonía británica y promover un comercio directo y fluido con el hemisferio occidental. De este modo, la doctrina Monroe articuló una visión de liderazgo hemisférico compatible con el Destino Manifiesto, al tiempo que ofrecía un marco discursivo para justificar la ampliación de los intereses económicos norteamericanos en la región. Así, se ha demostrado que, tanto la retórica de los políticos estadounidenses en el período como las iniciativas materiales no constituyeron acciones aisladas, sino engranajes de una estrategia orientada a desplazar la primacía comercial británica y consolidar a Estados Unidos como potencia hegemónica en el continente.

A su vez, los planteamientos de Mahan y Blaine contribuyeron a redefinir la política exterior estadounidense, transformando la doctrina Monroe en un instrumento de proyección hegemónica con fuerte orientación comercial. La idea de una marina poderosa, articulada con un panamericanismo de corte económico, permitió vincular el posicionamiento en los océanos y la seguridad nacional con la apertura de nuevos mercados latinoamericanos bajo el paraguas

de la retórica monroísta. De este modo, la combinación entre estrategia naval y diplomacia panamericana convirtió la doctrina Monroe en un eje central de la política de expansión económica y de proyección política estadounidense en la región, que cobró mayor dinamismo hacia la última década del siglo XIX.

Por último, el caso de la Guerra del Pacífico puso a prueba una interpretación estratégica de la doctrina Monroe, orientada no solo a preservar la autonomía hemisférica frente a las potencias europeas, sino también a proyectar su influencia comercial en la región sudamericana. Aunque la diplomacia norteamericana osciló entre la neutralidad y una intervención limitada, subyacía un interés concreto en aprovechar la coyuntura bélica para contener la expansión británica y fortalecer su propio posicionamiento económico. Esta experiencia reflejó tanto el alcance como las limitaciones de la política exterior estadounidense de la época: mientras el discurso monroísta legitimaba la pretensión de actuar como mediador y árbitro natural del continente, la ausencia de medios suficientes y la falta de consensos internos dificultaron materializar esa ambición.

En definitiva, aunque los objetivos iniciales de la estrategia estadounidense habrían buscado consolidar su dominio económico y diplomático en la región, su política no estuvo exenta de contradicciones. Si bien se promovió el comercio bidireccional y se empleó la diplomacia como herramienta de influencia, sus intentos de intervención en conflictos regionales, como la Guerra del Pacífico, mostraron los límites de su capacidad de acción. Aunque Estados Unidos avanzó en la construcción de una presencia comercial en América Latina y fortaleció su influencia en algunos ámbitos, no logró desplazar completamente a Gran Bretaña ni consolidar una nueva hegemonía en la región. Así, la injerencia de Washington en este conflicto estuvo motivada tanto por la intención de restringir la hegemonía británica como por el interés en aprovechar oportunidades económicas, pero su postura vacilante entre la mediación y la pasividad debilitó su legitimidad ante los gobiernos sudamericanos. En todo caso, la década de 1880 sentó las bases de una política expansionista que comenzaría a materializarse con mayor contundencia en la década siguiente, cuando la doctrina Monroe adquirió un carácter más intervencionista y Estados Unidos adoptó una postura más activa y articulada en el escenario internacional.

REFERENCIAS

- Barros Van Buren, Mario. 1990. *Historia diplomática de Chile. 1541-1938*. Santiago: Andrés Bello.
- Bishel, William V. 1996. «Fall From Grace: U.S. Business Interests Versus U.S. Diplomatic Interests in Peru, 1885-1890.» *Diplomatic History* 20(2): 163.
- Blaine, James Gillespie. 1887. *Political Discussions, Legislative, Diplomatic, and Popular, 1856-1886*. Norwich: The Henry Bill Publishing Company.
- Carmagnani, Marcello. 2004. *El Otro Occidente. América Latina Desde la Invasión Europea Hasta la Globalización*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Chadwick, Lieut.-Commander F.E. 1882. «Our Merchant Marine: The Causes of Its Decline, And the Means to Be Taken For Its Revival.» *Proceedings of the United States Naval Institute* VIII (1). Recuperado el 24 de julio de 2024 de <https://www.usni.org/ma>

- gazines/proceedings/1882/january/our-merchant-marine-causes-its-decline-and-means-be-taken-its-0.
- Crapol, Edward P. 1973. *El Otro Occidente. América Latina Desde la Invasión Europea Hasta la Globalización* Westport, Conn: Greenwood Press.
- Crapol, Edward P. 2000. *James G. Blaine: Architect of Empire*. Wilmington, Del: SR Books.
- Garfield, James A. 1883. II *The works of James Abram Garfield*. ed. Burke A. Hinsdale. Boston: James R. Osgood and Company.
- Hayes, Rutherford B. 1877. «First Annual Message». Recuperado el 20 de agosto de 2024 de <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=29518>.
- Hayes, Rutherford B. 1879. «Third Annual Message». Recuperado el 20 de agosto de 2024 de <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/third-annual-message-12>.
- Harper's Weekly. (1879, 2 de junio). *English Geography*, p. 1.
- Healy, David. 2001. *James G. Blaine and Latin America*. Columbia: University of Missouri Press.
- Herring, George C. 2008. *From Colony to Superpower: U.S. foreign relations since 1776*. New York: Oxford University Press.
- Ibarra Cifuentes, Patricio. 2009. «Caricaturas Chilenas de la Guerra Del Pacífico: 1879-1884.» Tesis Para Optar Al Grado de Magíster en Historia. Universidad de Chile. Recuperado el 20 de junio de 2024 de <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/108555>.
- LaFeber, Walter. 2013. *The New Cambridge History of American Foreign Relations: Volume 2. The American Search for Opportunity, 1865-1913*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Loveman, Brian. 2010. *No Higher Law: American Foreign Policy and the Western Hemisphere since 1776*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Mahan, Alfred T. 1890. *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*. 12°. Boston: Little, Brown and Company.
- McDougall, Walter A. 1997. *Promised Land, Crusader State: The American Encounter With the World Since 1776*. Boston: Houghton Mifflin.
- Millington, Herbert. 1948. *American Diplomacy and the War of the Pacific*. New York: Columbia University Press.
- New-York Daily Tribune. (1879, 25 de agosto). «Old Doctrine for New Times». *New-York Daily Tribune*, p. 4.
- Richardson, J. D. (n.d.) *A compilation of the messages and papers of the presidents*. Project Gutenberg. Recuperado el 20 de mayo de 2024 de <https://www.gutenberg.org/files/13617/13617-h/13617-h.htm>
- Rubilar Luengo, Mauricio. 2012. «La Política Exterior de Chile Durante la Guerra y Postguerra Del Pacífico (1879-1891): Las Relaciones Con Estados Unidos y Colombia. Diplomacia, Opinión Pública Y Poder Naval». Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Universidad de Valladolid.
- Scarfi, Juan Pablo. 2017. *The Hidden History of the International Law in the Americas. Empire and Legal Networks*. New York: Oxford University Press.
- Scarfi, Juan Pablo. 2023. «The Monroe Doctrine in the Americas: Towards a Hemispheric Intellectual History.» *Diplomatic History* 47(5): 738-63.
- The New York Times. (1879, 1 de agosto). *Our Trade in the Tropics. A Large Balance Against the United States*.
- The New York Times. (1881, 30 de enero). *What Mr. Blaine Says. An Interview in Which He Defends His Diplomatic Letters*, p. 1.
- United States of America, ed. 1882. *Message From the President of the United States, Transmitting Papers Relating to the War in South America, and Attempts to Bring About a Peace, Submitted to the Senate, January 26 and 27, 1882, and to the House of Representatives, January 26 and February 17, 1882. In Reply to Resolutions of Those Bodies, Calling for Correspondence Touching the Efforts of This Government to Bring About Peace Between Chili, and Peru and Bolivia, and Touching Claims Against or Contracts Respecting either of the Belligerent Governments*. Washington, D.C.: Govt. print. off.
- United States of America. 1886. *Reports of the Commission Appointed Under an Act of Congress Approved July 7, 1884, to Ascertain and Report Upon the Best Modes of Securing More*

Intimate International and Commercial Relations Between the United States and the Several Countries of Central and South America. Washington D.C.

Winchester, Richard Carlyle. 1966. «James G. Blaine and the Ideology of American Expansionism.» Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. University of Rochester, NY.

Recibido: 17 de marzo de 2025

Aceptado: 18 de agosto de 2025

Isidora Puga Serrano. Doctora en Historia por la Universidad de los Andes, Chile, donde se desempeña como profesora. Es Magíster en Historia y Magíster en Historia y Patrimonio Cultural por la misma universidad, y Licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha realizado estadias de investigación en la Georgetown University y en la Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3. Su línea de investigación se centra en la historia de las relaciones internacionales, en particular en los vínculos políticos y económicos de Estados Unidos con la América Latina del Pacífico sur entre 1860 y 1920, entendidos como factores que contribuyeron al delineamiento de las respectivas identidades nacionales, así como de sus intereses y proyecciones.

